

LO QUE IBA A SUCEDER

Cerrar el paraguas, subir los peldaños del microbús, y pagar mi pasaje resultaban siempre labores difíciles de realizar en forma simultánea. Me sentí algo aliviado al pensar en que ya iba rumbo a mi casa, tras una agotadora jornada de trabajo.

Afortunadamente, no eran tantos los pasajeros en el interior, y pude sentarme junto a la ventanilla de la cuarta fila de asientos; tras verificar que el lugar no estuviera humedecido por la ropa de quienes se habían ubicado allí antes que yo, o por alguna gotera indeseable. Recorrí con la mirada a mi alrededor, y pude ver a unas doce personas, entre hombres y mujeres; que evidenciaban el cansancio y el frío que sentían; a través de las piernas y los brazos apretados, de las manos bajo las axilas, de sus cabezas encogidas entre los hombros, y de sus ojos entrecerrados. No nos conocíamos; pero a pesar de eso, no existía duda de que algo sí teníamos todos en común: ninguno de nosotros sabía ... lo que iba a suceder.

Me acomodé lo mejor que pude, y me dispuse a afrontar una vez más el largo camino de regreso, que normalmente duraba entre setenta y noventa minutos. Tomando en cuenta los acostumbrados problemas de inundaciones que se producían en nuestra ciudad, cuando las lluvias se prolongaban como en ese día, lo más probable era que el viaje fuese aún más lento. Me extrañó ver tan pocos pasajeros, aunque seguramente durante el camino subirían algunos más.

Así fue, ya que en el paradero siguiente subió una señora minusválida apoyada en sus muletas de madera. Me dio pena ver el esfuerzo que hizo para subir, mientras le ayudaban las personas que iban junto a la puerta. Al fin lo consiguió, y gentilmente un joven le cedió su asiento en primera fila.

Tras ella subió un hombre que evidenciaba un mediano estado de ebriedad; aunque no era tanto como para requerir ayuda al subir y avanzar vacilante, hasta el asiento que se encontraba junto al pasillo, en la quinta fila, justo detrás mío. La muchacha que iba al lado no ocultó su disgusto, aun cuando el borracho hizo lo posible por no molestarla. De todos modos ella se paró y se sentó dos filas más adelante, en el costado opuesto del vehículo. Entonces me quedé sólo yo cerca de él; y aunque apenas resistía su hediondez de alcohólico inoportuno, conmovido por su triste situación, hice un esfuerzo para no alejarme y ofenderle por segunda vez.

Miré hacia el exterior, tras limpiar el vidrio empañado con mi mano, pero en la oscuridad nocturna sólo pude distinguir de vez en cuando las gruesas gotas de agua celestial, al ser iluminadas por los faroles de la calle, o por los focos de los vehículos que pasaban a nuestro lado; chorreando el agua hacia los lados con sus neumáticos, mientras los peatones en las esquinas trataban, difícilmente, de evitar

que los mojaran. Así pudo ocurrir con los jóvenes que le rogaron al conductor que los llevara por unas pocas monedas; éste accedió, y ellos subieron sonrientes y bulliciosos, a pesar de encontrarse empapados de pies a cabeza. Algo de envidia sentí al verles con tanto ánimo, a pesar de sus contratiempos, iluminados por esa energía que brinda la juventud carente de grandes responsabilidades, que otros ya casi habíamos perdido.

Por supuesto que no podía faltar un vendedor ambulante, que subió tan raudo como se bajó, tras ofrecer su mercadería, sin que nadie le comprara. Tenía cara de ser buen nadador y corredor de maratones; de otra manera no habría podido sobrevivir en esa olimpiada de adversidades.

Según se veía, esa noche tendríamos representantes de todos los ejércitos posibles, que combatían hora por hora, en las duras batallas ciudadanas. Me pregunté entonces qué tan diferente era yo de todos ellos: no usaba muletas, no estaba ebrio, no había gran humedad en mi ropa, y no tenía que enfrentar cien veces en la noche a la tormenta; pero aún así, no poseía el privilegio de conocer de antemano ... lo que iba a suceder.

Tras recorrer una distancia mayor, y cuando ya parecía que nada interrumpiría nuestro avance a través de la amplia avenida que nos guiaba hacia el sur de la ciudad; el microbús se detuvo y rápidamente ingresaron tres hombres de regular apariencia. Dos de ellos se sentaron en la sexta fila, y el tercero se quedó de pie junto a ellos; aun cuando quedaban otros asientos desocupados. Se veían algo inquietos, pero muy luego me olvidé de su presencia; y adormecido también por el balanceo y el murmullo de la marcha, cerré mis ojos a punto de evadirme de esa monótona realidad. Volví a abrirlos, tiempo más tarde, y lo primero que vi fue la cara asustada de ciertos pasajeros, que pasaron por mi lado corriendo hacia la parte trasera del microbús, mientras adelante los tres últimos individuos que habían subido estaban de pie junto al conductor, en una actitud más que sospechosa.

Aunque no distinguí bien que hacían, a la distancia; alcancé a escuchar a una de las personas que se aglutinaban junto a la puerta trasera, algo acerca de un cuchillo.

— ¡Abra la puerta de atrás! — gritó alguien con voz temblorosa.

Pero el conductor no estaba en condiciones de hacer nada que no fuese obedecer las órdenes de sus asaltantes. Dos de ellos lo mantenían bajo control; mientras el tercero, el más alto y fornido, con una amabilidad que nos sorprendió, alzó su mano y miró hacia nosotros diciendo:

— Manténgase tranquilos, y no les haremos nada.

El tono pausado de este improvisado relacionador público logró imponer una tensa calma. Estábamos en un sector solitario y oscuro del camino, y aunque fuera un tanto cruel nuestra actitud, creo que todos deseábamos que los ladrones terminaran pronto su trabajo y se bajaran; y que la palabra del que parecía ser el

líder fuese respetada. Se veía muy seguro de sí mismo, pero él tampoco sabía ... lo que iba a suceder.

Fue en ese momento cuando, por delante del microbús, divisamos una luz roja parpadeante; tras escuchar el ulular de una sirena. No se podía distinguir bien de qué se trataba, a través del parabrisas empañado por la lluvia, la oscuridad y la distancia. Podía ser una ambulancia, un carro de bomberos o también un vehículo policial. Lo único seguro es que la luz se hallaba ahora detenida justo en medio del camino, de modo que tarde o temprano nos encontraríamos con ella. Tras dudar unos instantes, *Ladrón Amable* dio la orden de virar hacia la derecha, por una de las calles transversales. Como el conductor no obedeció de inmediato, otro de los ladrones, que parecía el más violento, lo golpeó en una costilla.

Tras un brusco movimiento del vehículo, que acusó de esta manera el golpe; el conductor giró al fin como le fuera indicado; pero entonces, la minusválida de la primera fila, de una manera inexplicable, logró ponerse de pie sobre una de sus muletas, dejando caer la otra sobre la cabeza de *Ladrón Violento*. Este, invadido por la ira, esgrimió en el aire un inmenso puñal con el fin de atacar a la mujer, en medio de los gritos del resto de los pasajeros; pero *Ladrón Amable* le atajó el brazo justo a tiempo.

— ¡Nadie va a morir aquí! — exclamó con gran autoridad.

La señora cayó en su asiento nuevamente; y *Ladrón Violento*, mordiéndose su rabia, se desahogó rajando con su arma el respaldo del asiento más cercano.

Ahora casi todos escaparon hacia el fondo de la micro. Yo estaba petrificado en mi lugar, sin atinar a nada; hasta que sentí en mi hombro que alguien me tocaba. Era el borracho, que a mi espalda propuso, en un arranque de heroísmo afiebrado:

— ¡Es hora de negociar con ellos! Si no lo hacemos, pueden matar al conductor.

Antes que yo pudiera expresar con las palabras adecuadas el asombro que mi semblante seguramente reflejó, el ebrio se puso de pie y dijo en voz alta, aunque con una pronunciación mal lograda:

— ¡Queremos negociar!

Ladrón Amable hizo una mueca que quiso ser una sonrisa. *Ladrón Violento*, por su parte, llenó el ambiente con sus imprecaciones:

— ¡Cállate maldito, o te sacaré todo el licor de un solo tajo!

El tercer asaltante, que en apariencia era casi un niño, se había mantenido junto al conductor todo ese tiempo. De pronto, reflejando en su rostro tanto o más miedo que nosotros, indicó con voz nerviosa hacia delante:

— ¡Miren!

El microbús comenzó a inclinarse poco a poco. Descendíamos hacia un paso bajo el nivel de un puente, que ya se hallaba parcialmente cubierto por el agua.

— Nos bajaremos aquí — dijo *Ladrón Amable*, y ordenó la apertura de la

puerta. Pero en lugar de ocurrir ello, el conductor cayó de bruces sobre el volante; agitado por convulsiones y gemidos involuntarios.

— ¡Hazlo callar! — gritó, frenético, *Ladrón Violento* a *Ladrón Miedoso*. Pero antes que éste atinara a moverse, *Ladrón Amable* se abalanzó sobre el desdichado que padecía de un ataque al corazón o algo así, y lo sacó de su asiento con la ayuda vacilante de los otros dos. Luego lo tendió en el suelo, ante el pavor de *Ladrón Miedoso*, que se quedó paralizado en su sitio, y el furioso disgusto de *Ladrón Violento* que insistía:

— ¡No perdamos tiempo! ¡Vámonos ahora!

Pero *Ladrón Amable* parecía no escucharle. En cuclillas junto al enfermo que yacía en el piso; me señaló y dijo:

— ¡Usted! Ayúdeme con la respiración.

Acudí a su llamado, con una mezcla de angustia y admiración que apretaba mi garganta. Con resignación, luego, seguí sus instrucciones y soplé sobre la boca del que moría sin saber. Tras un par de minutos volvió a la vida, que caprichosamente le concedía otra oportunidad para ser testigo de lo que vendría.

Una sonrisa de triunfo surcó el rostro de *Ladrón Amable*, y llenó sus ojos de orgullo, mientras acomodábamos al enfermo sobre un asiento. Luego le escuché repetir, con gran satisfacción:

— ¡Nadie va a morir aquí!

El microbús al fin parecía haberse detenido, tras lidiar contra el agua durante intensos minutos, hasta que ésta le abrazó imponiendo su voluntad. Afuera la lluvia proseguía su insensible gorgoteo, amenazándonos con la idea de convertirse en la verdadera protagonista de esta historia.

— ¡Hay que salir de aquí! — ordenó *Ladrón Amable*.

Ladrón Violento tanteó y tanteó, sin éxito, llenando nuestro escaso aire de improprios:

— ¡Cómo diablos se abre la puerta de esta chatarra!

Desesperado ya, golpeó el tablero de mandos con violencia. Las luces pestañearon, sin que llegaran a apagarse.

— ¡Estúpido! — lo sacudió *Ladrón Amable*, que ya también perdía la paciencia.

— ¡Hay que buscar otra salida! — se atrevió a sugerir uno de los atribulados pasajeros.

Todos buscamos con la vista, hasta que alguien exclamó:

— ¡Los martillos no están!

Efectivamente, junto a su lugar vacío sólo se encontraba un pequeño cartel que se burlaba de nosotros: *En caso de emergencia use el martillo para romper el vidrio*.

Fue entonces cuando *Ladrón Violento* cogió el extintor que se encontraba

junto al asiento del conductor, y tomando impulso, lo arrojó contra la puerta. Los vidrios rotos reclamaron con fuerza por su integridad perdida, y el agua entró a raudales, sintiéndose invitada a aparecer en esta escena, aunque gran parte de ella no logró empujarse sobre el agujero. Sin pensarlo más, *Ladrón Violento* saltó hacia el lago fronterizo, pero en su torpe vuelo una de sus piernas se enredó en las filudas puntas que se mantenían firmes en la puerta.

— ¡Ayúdenme! — clamó a gran voz, en el silencio de la noche, tras despedir un alarido sobrecogedor.

Con gran rapidez, entonces, *Ladrón Amable* le alzó la pierna herida con sus brazos, a la vez que golpeaba ferozmente el cristal ubicado bajo ella con su pie, empujando a *Ladrón Violento* hacia el exterior, para que pudiera escapar nadando. El agua ahora entró con más fuerza, arrastrando nuestra fortaleza rodante unos cuantos metros, como si quisiera engullirnos lentamente. El reiterado salvador dio un salto atrás para evitar ser también víctima de los trozos de vidrio que flotaron sobre el agua, al tiempo que reiteraba su emblemática consigna:

— ¡Nadie va a morir aquí!

Fue esa la última escena que presenciamos con claridad, ya que justo en ese instante las luces se apagaron, dejándonos en medio de una oscuridad que apenas era contrarrestada por los rayos que provenían de algún farol lejano.

No sabíamos con certeza qué altura alcanzaría el agua. Afortunadamente, el líquido intruso sólo llegó a unos diez centímetros sobre el nivel de los asientos, aunque de seguro seguiría subiendo, ya que la lluvia caía sin cesar. Sollozos y resoplidos múltiples celebraron la escapada momentánea. Ya no se escuchaba la voz iracunda de *Ladrón Violento*, y con gran alivio inferimos que había logrado alejarse.

No atreviéndonos a tomar otra iniciativa, decidimos quedarnos en nuestros lugares, aunque estábamos conscientes de que no resistiríamos mucho tiempo en esa situación. La duda era desesperante, ya que, si lográbamos salir al exterior ilesos, el agua nos cubriría hasta el cuello o más aún. Difícilmente podríamos trasladar al enfermo, a la minusválida y al borracho, a los cuales hasta ahora habíamos podido auxiliar oportunamente.

— ¡Sáquenlos de aquí! ¡Auxilio, por favor! — y otras expresiones similares buscaron un espacio para fluir hacia afuera. No era tan fácil que alguien nos escuchara, en medio de esa fría y lluviosa noche.

En un momento de silencio, pude escuchar nuevamente a *Ladrón Amable*, y me alegré realmente de que estuviera aún entre nosotros:

— Debemos huir — le dijo a *Ladrón Miedoso*, con cierta suavidad; pero éste sólo atinó a responder:

— No se nadar.

En vano insistió el primero; hasta que se dio por vencido. Estaba comenzando

a acusar el cansancio de la jornada, y se tendió contra el muro del vehículo. Por su parte, *Ladrón Miedoso* permaneció en cuclillas sobre su asiento, con la cabeza entre las manos.

En esas condiciones, ya nos daba lo mismo que unos fuesen asaltantes y los otros fuésemos asaltados. Nada había ocurrido como podríamos haberlo pensado media hora antes, y sólo deseábamos salir pronto de ese absurdo cautiverio. Pero para eso alguien debía ir en busca de ayuda, y hasta el momento no había surgido ningún voluntario. Diez minutos más tarde, cuando la situación ya se hacía insostenible, y yo casi anunciaba mi decisión de ir al sacrificio, distinguimos sobre el agua el reflejo de luces que provenían desde el puente, ubicado a unos metros más allá, y sobre nosotros. Más tarde, y tras el sonido de sirenas salvadoras, nos sentimos alumbrados por potentes focos y escuchamos una voz que indicaba con autoridad, a través de un altavoz:

— ¡Manténgase tranquilos! ¡Pronto los sacaremos de allí!

Algunos minutos más tarde escuchamos el motor de una balsa que se aproximaba. Luego se acercaron con sigilo hacia la puerta, y rompieron algunos vidrios que aún revestían peligro. Con el mayor cuidado posible, comenzamos a sacar a los primeros pasajeros: la señora minusválida, la muchacha esquiva, el conductor enfermo y otra mujer completaron la carga posible. Uno de los dos policías que venían a bordo se quedó con nosotros. Sin que nos diéramos cuenta, *Ladrón Amable* y *Ladrón Miedoso* se ocultaron tras los asientos de más atrás.

Cuando la balsa regresó con otros dos policías, uno de ellos le dijo algo en voz baja al que permanecía en el microbús, y se unió a su vigilancia. Seguramente ya sabían lo de los asaltantes. Sin embargo, mantuvieron la calma y permanecieron inmóviles, mientras alumbraban con sus linternas. No podían arriesgar la integridad de los pasajeros, sin distinguir los buenos de los malos.

Dos veces más la balsa regresó por otras personas. Los *Muchachos Húmedos* y yo nos quedamos para el final. En los minutos que transcurrieron pude reflexionar sobre lo ocurrido. Una sensación de dramatismo me invadía. Aquellos ladrones guardaban tantos misterios que me hubiera gustado conocer; sin duda eran tan humanos como nosotros. Entonces decidí simplificar las cosas. Alcé mi voz cuanto pude, como si pronunciara un discurso ante una gran multitud:

— Al fin estamos a salvo. Esos ladrones huyeron, y todos los pasajeros ya han sido rescatados —. Hice una pausa para tomar fuerzas —. Debemos dar gracias a Dios, que da a cada cual lo que se merece. ¿No es cierto, muchachos?

Hubo un instante de silencio, en el cual uno de los policías nos recorrió con la luz de la linterna, sobre la cual se sostenía su mirada.

— ¡Es cierto! — respondió al fin uno de ellos. Los otros dos asintieron, con un tono alegre, como si estuvieran participando en un juego divertido.

La balsa estaba de nuevo junto al microbús.

— ¡Vamos! — ordenó el policía.— Luego agregó, mientras recorría por última vez todo el vehículo con la luz de su linterna:

— ¿Seguro que no queda nadie aquí?

— ¡Seguro! — respondimos en coro esta vez, con la alegría de quienes obtienen el triunfo final.

Y al encontrarnos sobre la nave que nos guiaba hacia la libertad perdida, alzamos nuestros brazos abiertos hacia el cielo; y gritamos, uno tras otro, entre risas que lograron contagiar a los celosos uniformados:

— ¡Nadie va a morir aquí! ¡Nadie va a morir aquí! ¡Nadie va a morir aquí! ...
¡Nadie va a morir aquí!